

GAETANO SFERRA.

Bien pronto fuimos sorprendidos de nuevo por la calma. Después de haber caminado ocho ó diez millas, la brisa cesó, desmintiendo el proverbio que dice que en la mar es donde se halla el viento. Nuestros marineros volvieron á coger sus remos, y marchamos al remo.

En cualquiera otra parte del mundo nos hubiese parecido insoportable esta manera de viajar; pero sobre aquel magnífico mar tirreno, bajo un cielo encantador á la vista de todas aquellas islas, de todos aquellos promontorios, de aquellos cabos de dulcísimos nombres, la travesía, por el contrario, se convertía en una prolongada y bella ilusión de la fantasía. Aunque estábamos en el 24 de agosto, el calor era moderado por aquella brisa deliciosa é impregnada de olor á marisco, que parece llevar la vida con ella. De cuando en cuando nuestros marineros, para ocultarse á sí mismos la fatiga del ejercicio á que les obligaba la calma, cantaban á coro una canción en *patois* siciliano, cuyo compás, como si estuviera arreglado al movimiento del remo, parecía inclinarse y levantarse con ellos. Aquel canto

tenía algo de dulce y de monótono á la vez, y estaba en admirable consonancia con el enojo pasajero que, en su impaciencia de que llegue lo que espera y de atravesar el espacio que falta, experimenta el hombre cuando el movimiento que le conduce no está en armonía con la rapidez de su pensamiento. Así aquella canción tenía para mí un especialísimo encanto. Es que estaba perfectamente de acuerdo con la situación; lo estaba con el paisaje, con los hombres y con las cosas; es que venía á ser, por decirlo así, una melodiosa emanación del alma, en la que el arte no tiene participación; era como un perfume ó como un vapor que flotando por encima de un valle ó elevándose de los costados de una montaña, completa el paisaje en medio del cual nos encontramos, y va á despertar un sentido adormecido, que creía no tener nada que ver con lo que le rodeaba, y se encuentra, por el contrario, encantado de improviso hasta el punto de creer que aquella fiesta de la naturaleza es únicamente para él y mirarse como el rey de ella.

Pasó así el día sin que hubiésemos hecho más de doce ó quince millas, y sin que pudiésemos perder de vista ni las costas de la antigua Campania, ni la isla de Caprea: llegó la noche, y con ella leves soplos de brisa, de los que nos aprovechamos para hacer á la vela una ó dos millas, cuya brisa, cesando al punto, nos dejó en la calma más completa. El aire estaba tan puro, tan transparente la noche, despedían tanta luz las estrellas, que sacamos nuestros colchones fuera de la tienda, y nos acostamos sobre el puente. Nuestros marineros remaban

continuamente, y de cuando en cuando, como para arullarnos, volvian á entonar su melancólica é interminable cancion.

Pasó la noche sin verificarse cambio alguno en la temperatura : los marineros se habian dividido el trabajo : cuatro remaban constantemente, mientras los otros cuatro descansaban. Llegó por fin el día, y nos despertó con esa leve sensacion de frescura y malestar que le acompaña. Apenas habriamos hecho otras tres millas durante la noche. Siempre permaneciamos á la vista de Caprea, siempre enfrente de sus costas. Si continuaba aquel tiempo, prometia durar la travesía quince dias. A la verdad era un poco larga. Así lo que la víspera habíamos encontrado admirable comenzaba á parecerse monótono. Quisimos ponernos á trabajar, pero sin estar indispuestos de modo alguno por el mareo, teníamos el cerebro trastornado lo bastante para comprender que nuestro trabajo seria casi nulo. En el mar no hay término medio : es preciso ó una ocupacion material y activa que nos ayude á pasar el tiempo, ó alguna dulce distraccion de la imaginacion que nos haga olvidarlo.

Como recordábamos con delicia nuestro baño de la víspera y la mar estaba casi en calma, casi tan trasparente y azul como la de la gruta de lapislázuli, preguntamos al capitan si habria algun inconveniente en que nos bañásemos mientras que Giovanni pescaba nuestro desayuno. Como era seguro que iríamos nadando tan ligeros como el Speronare, y que aquel placer en nada retardaria nuestra marcha, el capitan nos respondió que

no veía otro inconveniente que el encuentro muy posible de los tiburones, abundantes en aquella época en los parajes donde nos encontrábamos, á causa del paso del *pescu spada* (1), á que son sumamente aficionados, á pesar que este, con la ayuda de la espada de que la naturaleza le ha armado, les opone una terrible defensa. Como la naturaleza no ha tomado con respecto á nosotros las mismas precauciones que con el *pescu spada*, vacilábamos en ejecutar nuestra proposicion, cuando el capitan nos aseguró que nadando al rededor de la lancha y colocando dos hombres de centinela, uno en la popa y otro en la proa del buque, no corrijamos peligro alguno, porque estaba el agua tan trasparente, que se podian percibir los tiburones á una gran profundidad, y advertidos en cuanto apareciese alguno, estaríamos dentro del barco antes que llegase cerca de nosotros.

No era bastante esto para tranquilizarnos; así que estábamos mas dispuestos que nunca á sacrificar nuestra diversion á la seguridad, cuando el capitan, que vió dábamos á aquella circunstancia mas importancia de la que realmente tenia, nos ofreció meterse en el agua con Filippo al mismo tiempo que nosotros. Esta proposicion produjo un doble efecto : en primer lugar nos tranquilizó completamente, y en segundo hirió nuestro amor propio. Como íbamos á hacer con nuestra tripulacion un viaje que no dejaba de ofrecer algunos peligros de diferentes especies, no quisimos empezarle dando una pobre idea de nuestro valor. Respondimos, pues, á la

(1) Pez espada.

proposicion dando órden á los centinelas de ocupar su puesto, y á Pietro de que botase la lancha al agua. Tomadas estas precauciones, bajamos por la escalera. En cuanto al capitán y Filippo, sin andar con tantas ceremonias, se arrojaron por encima de bordo: pero con gran asombro nuestro, no vimos reaparecer sino al capitán; Filippo habia pasado por debajo del buque, con el objeto sin duda, de explorar á su alrededor. Un instante despues le vimos aparecer por el lado de proa, nauciándonos que no habia descubierto absolutamente nada que pudiese inquietarnos. El capitán, sin tener su fuerza, nadaba tambien admirablemente. Hice notar á Jadin que tenia en el lado derecho del pecho una herida que parecia debida á una puñalada. Como el capitán era buen mozo, y en Sicilia y Calabria las puñaladas se dan mas particularmente á los buenos mozos que á los demás, supusimos que era resultado de la venganza de algun hermano ó de algun marido, y me propuse preguntar al capitán á la primera ocasion en subiendo al buque.

Al cabo de diez minutos oimos grandes gritos; pero no podíamos equivocarnos, eran gritos de alegría. En efecto, Giovanni acababa de atravesar una magnífica dorada, y avanzaba de popa á habor, llevándola triunfante en el extremo de su harpon, para preguntarnos de qué modo deseábamos comerla compuesta. Era sumamente importante aquel asunto para resolverse sin discusion; volvimos á subir á bordo al instante para examinar el pescado mas de cerca y escoger un condimento digno de él. El capitán y Filippo nos siguieron: se

amarró de nuevo la lancha á su puesto, y empezamos á deliberar. Algunas observaciones, que nos parecieron bastante sabias, emitidas por el capitán, nos decidieron por un guiso á la marinera. No sin objeto habia yo llamado al capitán al consejo; no perdía de vista la cicatriz de su pecho, y queria saber la historia de ella. Le invité, pues, á almorzar con nosotros, á pretexto de que, si su parecer respecto al guiso de la dorada era errado, queria castigarle obligándole á comerla toda entera. Al principio se resistió el capitán á aceptar el grandísimo honor que queríamos hacerle; pero viendo que insistíamos, concluyó por acceder. Al punto desapareció por la escotilla, y Pietro se ocupó en los preparativos del almuerzo.

El servicio estaba bien pronto dispuesto. Se colocaba una tabla larga sobre dos piés; esta era la mesa: se echaron nuestros colchones de cuero sobre el puente, y estas eran nuestras sillas. Nos acostábamos como caballeros romanos en nuestro *triclinium* al aire libre, y á la menor seña que hacíamos, toda la tripulacion se apresuraba á servirnos.

Al cabo de diez minutos, volvió á aparecer el capitán vestido con su mejor traje, y llevando en la mano una botella de moscatel de Lipari, que despues de muchos rodeos se atrevió á ofrecernos. Aceptamos sin dificultad, y pareció muy satisfecho de nuestra condescendencia.

Era un hombre excelente el capitán Arena, y que no tenia otro defecto para nosotros que el de tener para con Jadin y conmigo un excesivo y respetuoso agasajo. Esto impedía que hubiese entre él y nosotros una

nicacion rápida y familiar de pensamientos, con ayuda de la cual esperaba yo profundizar un poco en la vida Siciliana. No me quedaba duda que todos aquellos hombres endurecidos en las fatigas, habituados á las tempestades, recorriendo el Mediterráneo en todos sentidos desde su infancia, tendrían acopio de tradiciones nacionales ó de aventuras personales que referirnos, y había contado con las relaciones de á bordo para entretener aquellas noches orientales, cuya velada es mas dulce que el sueño; pero antes de llegar á este caso, veíamos que había todavía camino que andar, y comenzábamos por el capitán, á fin de llegar mas tarde y por grados hasta los simples marineros.

Nuestra dorada no se hizo aguardar. Desde que la distinguimos, el olor que se esparcía á su alrededor nos previno en su favor: y bien pronto, con gran satisfacción nuestra, justificó el sabor su grato perfume. Desde entonces reconocimos el capitán digno de ser doblemente considerado y redoblamos nuestras atenciones.

Habíamos tenido la precaucion, al partir de Nápoles, de hacer cierta provision de vino de Burdeos. Aunque el capitán era de una extremada sobriedad, conseguimos que bebiere dos ó tres vasos. El vino de Burdeos, como todos saben, cualidades esencialmente tolerantes. Al fin del almuerzo, habíamos llegado á hacerle casi olvidar la distancia que había puesto entre él y nosotros: un último obsequio concluyó por entregárnosle atado de piés y manos; Jadin le ofreció hacer, para que se lo diese á su mujer, el retrato de su chico. El capitán se volvió loco de alegría: llamó al señor

Peppino que corria por allí en medio de los toneles y los cables con su amigo Milord. El niño acudió para saber lo que se le queria: su padre le explicó en italiano de lo que se trataba, y sea curiosidad, sea obediencia, se prestó á ello de mejor gana que lo que esperábamos.

Envié á la tripulacion que continuaba remando con toda su fuerza, dos botellas de vino de Burdeos: por lo que respecta á nosotros, destapamos el frasco de moscatel, encendimos los cigarros y Jadin puso manos á la obra.

Pero esto no bastaba, era preciso hacer recaer la conversacion sobre la notable cicatriz que había llamado mi atencion. Encontré la ocasion hablando de nuestro baño, y alabando al capitán por su manera de nadar.

— ¡Oh! en cuanto á eso, excelencia, eso no es un gran mérito, me respondió. Nosotros somos de padres á hijos desde hace doscientos años, verdaderos perros de mar, y siendo muy jóven, atravesé mas de una vez el estrecho de Mesina desde la aldea Della Pace á la de San Giovanni, de donde es mi mujer.

— ¿Y qué distancia hay? pregunté.

— Hay cinco millas, dijo el capitán; pero cinco millas que valen por ocho á causa de la corriente.

— Y desde que estais casado, repliqué yo riendo, ya no os atreveis á hacer semejantes locuras.

— ¡Oh! no es desde que estoy casado, respondió el capitán, sino desde que fui herido en el pecho: como el acero me atravesó el pulmon, al cabo de una hora de

estar en el agua, me falta la respiracion, y ya no puedo nadar.

— En efecto, he reparado que teneis una cicatriz. ¿ Es ocasionada por un duelo ó por alguna casualidad ?

— Ni por lo uno ni por lo otro, excelencia. Es efecto de una tentativa de asesinato.

— Y de un infame asesinato, además, dijo Pietro, aprovechándose de sus privilegios y mezclándose en la conversacion sin cesar de remar.

La exclamacion, como se comprende bien, no era de naturaleza de disminuir mi curiosidad.

— Capitan, añadí yo, ¿ será indiscrecion preguntaros algunos detalles sobre ese hecho ?

— Al presente, ya no, respondió el capitan, porque nadie mas que yo vive hoy de los cuatro personajes que tienen relacion con esto : además la dama es religiosa, que es como si estuviera muerta. Voy á contaros todo, por mas que no pueda recordarlo sin cierto remordimiento.

— ¡ Un remordimiento ! Vamos, pues, capitan, no teneis, ¡ voto á !... nada de que pueda acusaros vuestra conciencia : os habeis conducido como un bueno y bravo siciliano.

— Creo, sin embargo, que hubiera hecho mucho mejor, replicó el capitan suspirando, en dejar tranquilo al pobre diablo.

— ¡ Tranquilo ! un truhan que os habia envainado tres pulgadas de acero en el estómago. Habeis hecho bien, capitan, habeis hecho bien.

— Capitan, repliqué yo á mi vez, redoblais nuestra

curiosidad, y al presente, os prevengo que no os deis descanso hasta que me hayais contado todo.

— Ea, vamos, niño, dijo Jadin á Peppino, estaos quieto un momento. Estamos ya dispuestos, capitan.

Traduje yo la invitacion á Peppino, y el capitan, dijo :

— Era en 1825, por el mes de mayo, hace de esto mas de diez años, como veis : habíamos ido á Malta para conducir allí un inglés que viajaba por placer, como vos. Era el segundo ó tercer viaje que hacíamos con este pequeño buque que acababa entonces de comprar. La tripulacion era casi la misma. ¿ No es así, Pietro ?

— Sí, capitan, á excepcion de Sienni : sabeis que entramos en vuestro servicio despues de la muerte de vuestro tío, de suerte que esto casi no ha cambiado.

— Exactamente, replicó el capitan : mi pobre tío murió en 1825.

— ¡ Oh ! Dios mio, sí, el 15 de setiembre de 1825, añadió Pietro con una expresion de tristeza de que no hubiera creído susceptible su fisonomía risueña.

— En fin, la muerte de mi pobre tío no tiene nada que ver con todo eso, continuó el capitan suspirando. Al cabo de dos dias estábamos en Malta ; debíamos permanecer allí ocho dias todavía, de modo, que en lugar de permanecer en mi buque como debía hacerlo, fui á renovar conocimientos con antiguos amigos que tenia yo en la Esté-Villete. Los antiguos camaradas me convidaron á comer, y despues de comer fuimos á tomar

una taza de café al café Griego. Si alguna vez vais á Malta, id allí á tomar vuestro café, y ya vereis : no es el mas lujoso ; pero es el mejor establecimiento de toda la villa, calle de los Ingleses, á cien pasos de la cárcel.

— Bien, capitan, me acordaré de ello.

Acabábamos, pues, de tomar nuestra taza de café ; eran las siete de la tarde , y dicho está que era muy de dia. Conversábamos á la puerta, cuando de repente vi desembocar, por el extremo de una callejuela de que forma un ángulo el café, un jóven de veinte y cinco á veinte y ocho años, pálido, despavorido, sin sombrero, en fin, fuera de sí. Iba á dar en la espalda al que estaba á mi lado para que reparase en aquella singular aparicion, cuando de repente el jóven vino derecho á mí, y antes que hubiese tenido tiempo de pensar en defenderme, me da una puñalada en el pecho, deja el puñal en la herida, se vuelve á escapar como habia venido, vuelve la esquina de la calle, y desapareció.

Todo esto fué negocio de un segundo. Nadie vió que yo estaba herido, y aun yo mismo apenas lo sabia. Todos se miraban asombrados, y repetian el nombre de Gaetano Sferra. Entretanto yo sentia debilitarse mis fuerzas.

— ¿Qué te ha hecho ese truhan de Giuseppe? me dijo el que estaba á mi lado ; ¡ qué pálido estás !

— ¿Qué me ha hecho? respondí yo, toma. Cogí el puñal por el mango, y le saqué de la herida : toma, hé aquí lo que me ha hecho. En seguida, como me iban faltando las fuerzas, me senté sobre una silla porque conocí que me iba á caer.

— ¡ Al asesino, al asesino ! gritaron todos. Es Gaetano Sferra. Le hemos reconocido, es él. ¡ Al asesino !

— Sí, sí, murmuré yo maquinalmente ; sí, es Gaetano Sferra. ¡ Al asesino ! al asesino... ¡ A fe mia ! todo habia concluido ; cerré mis ojos.

— No es extraño, dijo Pietro ; tenia tres pulgadas de acero en el pecho ; con mucho menos se cierra el ojo.

— Estuve dos ó tres dias sin conocimiento, no sé precisamente cuánto tiempo. Cuando volví en mí, encontré á Nunzio, el piloto que tengo hoy, á mi cabecera : no me habia abandonado el viejo cuervo marino. Así, bien lo sabe, entre nosotros todo es comun, una amistad hasta la muerte. ¿ No es esto, Nunzio ?

— Sí, capitan, respondió el piloto quitándose la gorra como tenia costumbre de hacerlo cuando respondia á cualquiera de nuestras preguntas.

— ¡ Hola ! le dije yo, piloto, ¿ érais vos ?

— ¡ Oh ! me reconocia, exclamó el piloto, me reconocia. Luego aquello iba bien.

— Ya veis á Nunzio ; no es muy alegre, ¿ no es verdad ?

— No, á lo menos su aspecto no es de serlo.

— Pues bien, hé aquí que se pone á bailar como un loco al rededor de mi cama.

— Es que estaba contento, dijo el piloto.

— Sí, replicó el capitan, estabas contento, mi viejo amigo, bien se conocia. ¿ Pero de dónde he venido yo ? le pregunté. — ¡ Ah ! venis de lejos, me respondió.

En efecto, yo comenzaba á reunir mis recuerdos. Sí, sí, es cierto, dije. Me acuerdo, es un truhan que me ha dado una puñalada; ¡y bien! al menos, ¿está preso el asesino?

— Perfectamente, sí, ¡preso! dijo el piloto: todavía está libre.

— Sin embargo, se sabia quién era, dije yo. Era, era, aguarda, le llamaban, era Gaetano Sferra, me acuerdo bien.

— Pues bien: estais en un error, capitan, no era él. Hay en esto una infame historia.

— ¡Cómo! ¿no era él?

— ¡Ah! no, no podía ser él, puesto que Gaetano Sferra habia sido por la mañana sentenciado á muerte por haber dado una puñalada: estaba por tanto preso, aguardando un sacerdote, y debia ser ejecutado á la mañana siguiente. Debia ser alguno que se le pareciese, acaso algun hermano gemelo.

— ¡Ah! dije yo. Por mi parte no sé si es él; no le conocia.

— ¡Cómo! ¿ni de vista?

— Absolutamente de nada.

— ¡Hum! ¿no habrá sido por algun negocio de amor?

— No, palabra de honor, mi viejo, no tenia ningun galanteo en Malta.

— ¿Y no sabeis porqué os tenia mala voluntad aquel desalmado?

— Lo ignoro.

— Entonces no hablemos mas.

— Es igual, repliqué yo, siempre es una primada tener una puñalada en el pecho, y no saber porqué se ha recibido, ni quién os la ha dado. Pero si alguna vez le encuentro, es negocio mio, Nunzio; no te digo mas.

— Y tendreis razon, capitan. En este momento Pietro abrió la puerta de mi cuarto.

— ¡Eh! piloto, dijo, ahí está el juez.

— ¡Calla! ¿tú tambien aquí, Pietro? exclamé yo.

— Sí, capitan, estoy aquí, y de aquí no me he separado todavía.

Efectivamente era cierto; estaba en la antealcoba para impedir que se hiciese ruido; y como habia oido que conversábamos Nunzio y yo, habia abierto la puerta.

— ¿Con que va mejor? dijo Vincenzo asomando á su vez la cabeza.

— Así, así; pero, repliqué yo, ¿estais, pues, todos aquí?

— No, estamos los tres solos, capitan; los demás están en el Speronare: solo que vienen dos veces al dia á saber cómo seguís.

— Y como os decia, capitan, dijo Pietro, ahí está el juez.

— ¡Y bien! Que entre el juez.

— Capitan, es que no está solo.

— ¿Con quién está?

— Está con el que han cogido como vuestro asesino.

— ¡Ah! ¡ah! dije yo.

— Os pido perdon, señor juez, dijo Nunzio; el capi-

tan no está completamente bueno de la cabeza, porque solo hace un cuarto de hora que ha abierto los ojos, y diez minutos que habla, y tenemos miedo.

— Entonces volveremos mañana, dijo una voz.

— No, no, respondi yo, puesto que estais aquí, entrad al momento.

— Entrad, puesto que el capitan lo quiere, replicó Pietro abriendo la puerta.

Entró el juez, iba seguido de un jóven que tenia las manos atadas y que era conducido por soldados; detrás del jóven seguian dos individuos vestidos de negro: eran los escribanos.

— Capitan Arena, dijo el juez, ¿sois efectivamente el que ha sido herido de una puñalada á la puerta del café Griego?

— ¡Pardiez! sí, efectivamente soy yo, y la prueba (levanté la camisa y enseñé mi pecho) es que aqui teneis el golpe.

— ¿Reconoceis, continuó señalándome al preso, en este jóven al que os ha herido?

Mis ojos se encontraron en aquel momento con los del jóven, y reconocí su mirada como ya habia reconocido su fisonomía; pero como yo sabia que mi declaracion era su sentencia de muerte, vacilé en contestar.

El juez vió lo que pasaba en mi interior; se dirigió hácia el crucifijo suspendido en la pared, le tomó, y llevándole á donde yo me hallaba:

— Capitan, me dijo, jurad sobre este Cristo decir la verdad, nada mas que la verdad.

Vacilaba yo.

— Haced el juramento que se os pide, dijo el preso, y hablad segun vuestra conciencia.

— ¡Y bien! ¡á fe mia! repliqué yo, puesto que asi lo quereis....

— Sí, os lo ruego.

— En ese caso, añadí poniendo la mano sobre el crucifijo, juro decir la verdad, toda la verdad, nada mas que la verdad.

— Bien, dijo el juez. Ahora responded. ¿Reconoceis en este jóven al que os ha herido de una puñalada?

— Le reconozco bien.

— Entonces asegurais que es él?

— Lo aseguro.

Se volvió hácia los dos escribanos.

— Ya lo veis, dijo, el mismo herido se engaña por esta extraordinaria semejanza.

En cuanto al jóven, un rayo de alegría pasó por su fisonomía. Encontré esto un poco extraño, porque me parecia que lo que yo acababa de declarar, no debía hacerle reir.

— ¿Así que insistís, repuso el juez, en afirmar que este jóven es el mismo que os hirió?

Sentí que la sangre se agolpaba á mi cabeza, porque como conoceis, parecia que queria decir que yo mentia.

— ¿Si persisto? ya lo creo, ¡pardiez! Y por señas que llevaba la cabeza descubierta, iba vestido con un redingot negro y un pantalon gris, y salia de la callejuela que conduce á la cárcel.

— Gaetano Sferra, dijo el juez, ¿qué teneis que oponer á esta declaracion?

— Que ese hombre se engaña, respondió el preso, como están equivocados todos los que estaban en el café.

— Es evidente, dijo el juez volviéndose segunda vez hácia los escribanos.

— ¡Que me engaño yo! exclamé incorporándome á pesar de mi debilidad; ¡muy bien! ved ahí una cosa exacta. ¡Ah! ¡que me engaño yo!

— ¡Capitan, exclamó Nunzio, capitan! ¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio!

— ¡Ah, yo me engaño! añadí. Pues bien, os digo que no me engaño.

—El médico, el médico, exclamó Pietro.

En efecto, el esfuerzo que habia yo hecho al incorporarme, habia descompuesto el apósito, y mi herida se habia vuelto á abrir, de manera que sangraba bastante. Me sentí desfallecer de nuevo; todo el cuarto daba vueltas á mi alrededor, y en medio de todo esto veía los ojos del preso fijos sobre mí con una expresion de alegría tan extraña, que hice aun un esfuerzo para saltar sobre su cuello y estrangularle. Este movimiento agotó la poca fuerza que me quedaba: una nube sangrienta pasó por delante de mis ojos; me ahogaba, me eché hácia atrás, y ya no sentí mas: habia vuelto á caer en mi desmayo.

Esto no duró mas que siete ú ocho horas, y volví en mí como la primera vez. Esta, el médico estaba cerca de mí: le habia llevado Pietro, y Nunzio no le habia querido dejar marchar. Intenté hablar; pero me puso un dedo sobre la boca haciéndome señal de que callara. Estaba tan débil, que obedecí como un niño.

— Vamos, va mejor, dijo el médico. Mucho silencio, dieta la mas rigurosa y humedecerle de cuando en cuando la herida con cocimiento de malvabisco. Todo irá bien. Sobre todo, no dejeis que le vea nadie.

— ¡Ah! en cuanto á eso podeis estar tranquilo. Aunque fuera el Padre Eterno el que llamase á la puerta, le responderia: ¿Preguntais por el capitan? — Sí. — ¡Pues bien! Padre Eterno, no está....

— Y además, por otra parte, dijo Pietro, los demás estábamos allí para vigilar la entrada y enviar á pasear á los jueces y escribanos si se presentasen.

— De tal modo se hizo, y para abreviar, añadió el capitan, que nadie entró sino el médico, á nadie habló sino cuando me dió permiso, y todo marchó bien, como habia predicho. Al cabo de un mes me sostuve sobre mis piernas: al cabo de seis semanas pude volver á ir al buque. Por lo que hace al inglés, habia marchado; pero era un hombre muy generoso. Habia pagado á Nunzio el precio convenido, como si hubiese hecho todo el viaje, y aun habia dejado una gratificacion para la tripulacion.

— Sí, sí, dijo Pietro, á quien sin duda no desagradaba darme el modelo de la generosidad del inglés, tres piastras á cada uno. Así que bebimos alegremente á su salud, ¿no es verdad?

— ¡Caramba! bien lo merecia, respondió en coro la tripulacion.

— Y vos, capitan, ¿qué hicisteis?

— ¿Yo? ¡Y bien! El mar me reanimó. Respiré á satisfaccion, abria la boca de modo que se hubiese creído

que queria tragarme todo el viento que venia de la Grecia; un magnifico viento, en verdad. Si leuviéramos nosotros para conducirnos á Palermo, bien pronto estaríamos allí; pero no le tenemos.

— Acaso no tardaremos mucho en tener otra cosa, dijo el piloto; pero esta no será aquello.

— Algo de jaloque (1), ¡eh! ¿No es eso, abuelo? preguntó el capitán.

Nunzio hizo una señal afirmativa con la cabeza.

— ¿Y despues? repliqué yo queriendo continuase su historia.

— ¡Y bien! volví á la aldea Della Pace, donde mi mujer que habia quedado embarazada de Peppino, habia tenido tan gran susto, que habia parido antes de tiempo. Felizmente no habia resultado ningun mal por eso ni á la madre ni al hijo; y desde entonces me siento bien, á no ser, como os he dicho, cuando ando mucho tiempo, que me falta la respiracion.

— Pero no es eso todo, dije al capitán, ¿tuvisteis al cabo la explicacion de aquel singular quid pro quo?

— Esperad, pues, contestó, estamos únicamente á la mitad de la historia, y es lo mejor lo que me resta por contaros.

¡Desgraciadamente yo creo que aquí es donde yo estaba desacertado!

— Pues no, no, dijo Pietro; os digo que no.

— ¡Hum! ¡hum! murmuró el capitán.

(1) Viento entre Levante y Mediodía en el Mediterráneo.

— Ya os escucho, insistí.

— Habia trascurrido un año desde que habia sucedido la aventura, cuando se me proporcionó ocasion de volver á Malta. Mi mujer no me queria deja ir; ¡pobre mujer! creia que esta vez dejaria allí mis huesos; pero la tranquilicé. Además precisamente el que me hubiera ido mal en el primer viaje, era precisamente una razon para que me fuera bien en el segundo: así acepté el cargamento. Esta vez no se trataba de viajeros, sino de mercancías.

En efecto, la travesía fué excelente; era de buen agüero. Sin embargo, lo confieso, no tenia una gran satisfaccion en entrar en Malta; así que despachados mis asuntos, me volví al momento al Speronare. Inmediatamente iba á partir á la mañana siguiente, y cuando iba á reconciliar el sueño en el camarote, entró Pietro.

— Capitán, me dijo, perdonad si os despierto; pero está ahí una mujer que dice que tiene necesidad de hablaros para negocios.

— ¡Una mujer! ¿y dónde está esa mujer? pregunté restregándome los ojos.

— Está bajo, en una lanchita.

— ¿Enteramente sola?

— Con un remero.

— ¿Y quién es esta mujer?

— La he preguntado su nombre; pero me ha contestado que eso no me importaba, que queria veros, y no á mí.

— ¿Es jóven? ¿es bella?

— ¡Ah! eso es otra cosa; no puedo decirlo, porque lleva echado un velo, y es imposible ver nada á través de él.

Efectivamente, tenia el aspecto de religiosa, interrumpió Pietro.

— Entonces, hacedla subir, dije yo.

Salió Pietro. Me coloqué detrás de una mesa, y abrí con cuidado mi navaja. Me habia vuelto sumamente desconfiado desde mi aventura, y como no conocia mujeres, pensé que pudiera muy bien ser un hombre disfrazado. Pero una vez prevenido, no hay cuidado. Hombre prevenido, como se dice, vale por dos. Además, sin jactancia, tambien manejo bastante hábilmente la navaja.

— Ya lo creo, dijo Pietro; sois modesto, capitán. Excelencia, donde veis al capitán, es el mas hábil en el manejo del arma que conozco. A una pulgada, á dos, á toda la hoja, se bate como se quiera, le es completamente indiferente.

— Pero al primer golpe de vista, continuó el capitán, me convencí de que me habia equivocado, y que efectivamente era una mujer; y una infeliz mujer que tenia mucho miedo, porque bajo su velo se conocia que temblaban todos sus miembros. Volví á guardar mi navaja en el bolsillo y me aproximé á ella.

— ¿Qué puedo hacer por serviros? la pregunté.

— ¿Sois el capitán de este pequeño buque? me dijo.

— Sí, señora.

— ¿Teneis algun negocio que os detenga en el puerto?

— Espero partir mañana por la mañana.

— ¿Teneis pasajeros malteses?

— Ninguno.

— ¿Os dirigis particularmente á un punto determinado de Sicilia?

— Espero entrar en el puerto de Mesina.

— ¿Quereis ganaros cuatrocientos ducados?

— ¡Linda pregunta! ya lo creo, ¡voto á! que lo quiero, siempre que, comprendedlo bien, el negocio no me comprometa.

— De ningun modo.

— ¿Qué es preciso hacer?

— Es preciso que vayais esta noche con vuestro Speronare á la puerta de San Juan, á la una de la madrugada. Enviareis vuestra lancha á tierra. Un pasajero esperará en la costa; os dirá *Sicilia* y le responderéis *Malta*. Le conducireis á bordo, y le dejareis en el punto de la Sicilia que mas os convenga. Hé aquí todo.

— ¡Cómo! eso es fácil, respondí yo; y decís que por eso.....

— Se da una paga de cuatrocientos ducados, doscientos al contado: aquí están (la desconocida sacó una bolsa y la arrojó sobre la mesa), los otros doscientos os serán entregados por el mismo pasajero en desembarcando.

— ¡Ah! pero decidme, repliqué yo, será preciso á lo menos que os haga yo una obligacion, un recibo, alguna cosa, un papelillo cualquiera en fin.

— ¿Con qué objeto? O sois un hombre honrado ó no lo sois. Si sois hombre honrado, vuestra palabra basta; si no lo sois, conocereis que todas las precauciones que

yo tome, el secreto que os exija, vuestro papel en fin, no podrian servirme de nada, y no estoy en el caso de hacerle valer ante los tribunales.

— ¿Por qué casualidad os habeis dirigido á mi entonces?

— Me paseaba hoy por el puerto, no sabiendo á quién dirigirme para el servicio que reclamo de vos. Os he visto pasar, vuestra franca fisonomía me ha satisfecho, habeis saltado á vuestra lancha: habeis venido derecho al buque en que estamos, y he adivinado que érais el capitán de él: he esperado la noche; una vez llegada esta, me he hecho conducir á mi vez, he pedido hablaros, y héme aquí.

— ¡Oh! En cuanto á lo de ser franco y honrado, respondí yo, no podiais haberos dirigido mejor.

— ¡Y bien! eso es todo lo que necesito, respondió la desconocida tendiéndome la mano, una linda manita, ¡á fe mia! que yo tenia gran deseo de coger y besar; es cosa convenida.

— Teneis mi palabra.

— ¿No olvidareis la palabra de señal?

— Sicilia y Malta.

— Está bien; á la una, en la puerta de San Juan.

— A la una.

La incógnita volvió á la lancha, y saltó en tierra: á las diez levamos ancla. La puerta de San Juan es una especie de cabo que avanza en el mar hácia la parte meridional de Malta, á legua y media de la ciudad, el que por mar distaba cinco ó seis millas casi. Pero como era malo el viento, era preciso atravesar esta distancia

el remo; como comprendereis, no habia tiempo que perder.

A las doce y media de la noche estábamos á media milla de la puerta de San Juan. No queriendo aproximarme mas por temor de ser visto, permanecí al paio, y envié á Pietro á tierra con la lancha. Le ví confundirse en la oscuridad, borrarase con la costa y desaparecer: un cuarto de hora despues volvió á aparecer. El pasajero venia sentado en la popa de la lancha; es claro que todo habia salido bien.

Yo habia hecho preparar el camarote lo mejor posible: habia hecho trasladar á él mi propio colchon; por otra parte, como con el viento que soplabá debiamos estar la mañana siguiente en Mesina, me hice la reflexion de que por mas descontentadizo que fuese nuestro huésped, una noche se pasa al instante. Además, hay circunstancias durante las cuales las gentes mas delicadas pasan voluntariamente por ciertas cosas, y preciso es decirlo, nuestro pasajero me parecia estar en una de esas circunstancias.

Estas reflexiones hicieron que por delicadeza y por no parecer demasiado curioso, bajase yo al entrepuente, mientras que él subia á bordo. Por su parte el pasajero se fué derecho al camarote sin mirar á nadie y sin decir una sola palabra; lo único que hizo fué dejar dos onzas (1) en la mano que Pietro le alargó para ayudarle á subir la escalera. Al cabo de cinco minutos, luego que estuvo amarrada la lancha, vino Pietro á mi lado.

(1) La onza es una moneda siciliana que vale 12 francos.

— Tomad, capitán, me dijo, vel aquí dos onzas mas que añadir al fondo.

— No tienen, como veis, dijo el capitán interrumpiendo su relación, mas que una bolsa para todos : yo soy el cajero ; al fin del viaje hago la cuenta de cada uno, y todo está hecho.

— Y bien, pregunté á Pietro ; ¿ qué ha pasado ?

— Todo pasó perfectamente, respondió : el que esperaba estaba allí con la velada mujer que habia venido á bordo, y me pareció que él estaba impaciente de verme, porque apenas me distinguió, cuando la abrazó y llegó hasta mí con el agua hasta las rodillas : entonces cambiamos las palabras convenidas, y subió á bordo. Mientras la mujer pudo verle, permaneció en la costa mirándonos y saludándonos con su pañuelo. Despues, cuando ya estábamos demasiado lejos, oímos una voz que nos gritaba : ¡ buen viaje ! Todavía era ella, la pobre mujer

— ¿ Y has visto á nuestro pasajero ?

— No, se ha ocultado el rostro con la capa, pero por su voz y su aire, tiene el aspecto de un jóven ; probablemente amante de la otra.

— Está bien ; vé á decir á los camaradas que desplieguen velas, y á Nunzio que dirija á Mesina.

Pietro subió al puente, trasmitió la órden que yo habia dado, y diez minutos despues marchábamos que daba gozo. No tardé en seguirle al puente : no sé porque no podia dormir. Además, estaba el tiempo tan hermoso, soplaban tan buen viento, alumbraba una luna tan clara, que era imperdonable encerrarse en un entrepuente con semejante noche.

Encontré el puente solitario : todos los compañeros habian entrado en su escotilla y dormian á pierna suelta : nadie mas que Nunzio velaba como de costumbre ; pero como estaba oculto tras el camarote, no se le veia ; de modo que se hubiera creído que el buque marchaba solo.

Eran cerca de las dos y media de la madrugada ; habiamos dejado á Malta muy lejos detrás de nosotros, y me paseaba á lo largo y á lo ancho sobre el puente, pensando en mi mujer y en los amigos, á los que íbamos á volver á ver, cuando de repente ví que se abrió el camarote y apareció el pasajero. Su primera mirada fué para asegurarse del lugar en que nos hallábamos. Vió á Malta, que ya no se distinguia sino como un punto negro, y me pareció que al verla respiraba mas libremente. Esto me recordó las precauciones que habia tomado para subir á bordo ; y temiendo contrariarle permaneciendo sobre el puente, me dirigí hácia la escotilla de proa para entrar en el entrepuente, cuando dando dos ó tres pasos hácia mí :

— Capitán, me dijo.

Me estremecí ; me parecia haber oido aquella voz en alguna otra parte, y lo recordaba como un sueño. Me volví prontamente.

— Capitán, continuó avanzando hácia mí ; ¿ pensais, si continúa este viento, que llegaremos mañana á la noche á Mesina ?

Y á medida que se aproximaba, creia reconocer su fisonomía, como habia reconocido su voz. A mi vez, di algunos pasos hácia él : entonces se detuvo mirándome

fijamente y como petrificado. Conforme se iba disminuyendo la distancia entre nosotros, acudían mis recuerdos, y mis sospechas se cambiaban en certeza. En cuanto á él, era visible que hubiera querido mejor estar en cualquiera otra parte que donde estaba; pero no tenía medio de huir; estábamos rodeados de agua, y la tierra estaba ya á mas de tres leguas. Sin embargo, retrocedió delante de mí, hasta que el camarote le impidió ir mas atrás. Yo continué avanzando hasta que nos encontramos frente á frente. Nos miramos un instante sin decir nada, él pálido y ceñudo, yo con la sonrisa en los labios, y sin embargo, conocía que también yo palidecía, y que toda mi sangre se agolpaba al corazón; por fin, él rompió primero el silencio.

— Sois el capitán Giuseppe Arena, me dijo con una voz sorda.

— Y vos el asesino Gaetano Serra, respondí.

— Capitán, replicó, sois un hombre honrado, tened piedad de mí, no me perdais.

— ¿Que no es pierda? ¿cómo entendeis eso?

— Lo entiendo porque no me entregareis; en llegando á Sicilia doblaré la suma que se os ha prometido.

— He recibido doscientos ducados por conducirnos á Mesina; vos debéis darme otros doscientos al desembarcar; tomaré lo que está estipulado: ni un maravedí mas.

— ¡Y cumplireis la obligacion que os habeis impuesto, ¿no es eso? de dejarme en tierra sano y salvo?

— Os dejaré en tierra sin que os falte un cabello de

vuestra cabeza; pero una vez en tierra, tenemos que arreglar una pequeña cuenta; os debo una puñalada para que estemos pagados.

— ¿Me asesinareis, capitán?

— ¡Miserable! le dije, asesinar es propio de ti y de tus semejantes.

— ¡Y bien! entonces ¿quereis decir?

— Quiero decir que puesto que jugais tan bien la navaja, la jugaremos los dos; todas las ventajas están de vuestra parte; teneis ya ganada la primera baza.

— Pero yo no sé batirme á navaja.

— ¡Bah! dejad eso, dije yo desabrochando mi camisa y enseñándole mi pecho; no es á mi á quien se puede decir eso: por otra parte, no es eso difícil: se mete cada uno en un tonel, se ata el brazo al rededor del cuerpo, se conviene en batirse á una pulgada, á dos pulgadas ó á toda la hoja, y se acciona. En cuanto á este último punto ya está arreglado, y salvo vuestro parecer, nos batiremos á toda la hoja, porque vos heristeis tan bien, que no quedó una línea fuera de la herida.

— ¿Y si rehuso?

— ¡Ah! si rehusais, es otra cosa: os pondré en tierra como os he dicho, os daré una hora para ganar la montaña, y despues daré parte al juez: entonces ya podeis libraros, porque si sois cogido, miradlo bien, sereis ahorcado.

— ¿Y si acepto el duelo y os mato?

— Si me matais, ¡y bien! todo está concluido.

— ¿No se me perseguirá?

— ¿Quién? ¿mis amigos?

— No, la justicia.

— ¡Pues qué! ¿habrá un solo siciliano que declare contra vos porque me hubiéseis matado lealmente? Por haberne asesinado, enhorabuena.

— ¡Pues bien! me batiré, está dicho.

— Entonces, dormid tranquilo; volveremos á hablar de esto en Contessi ó en la Scaletta. Hasta allí el buque es vuestro, puesto que le pagais: paseaos por aquí como queráis; yo entro en mi aposento.

Bajé por la escotilla. Desperté á Pietro y le referi todo lo que acababa de pasar. En cuanto á Nunzio, ora inútil contárselo; lo habia oido todo.

— Está bien, capitán, dijo Pietro; estad tranquilo, no le perderemos de vista.

El día siguiente á las dos de la tarde llegamos á la Scaletta; di órdenes á la tripulación acerca del buque, y entramos en la lancha Gaëtano Sferra, Pietro, Nunzio y yo.

Desembarcamos: Nunzio y Pietro se colocaron uno á derecha y otro á izquierda de nuestro hombre, por temor de que tuviera deseo de escaparse: se apercibió de ello.

— Vuestras precauciones son inútiles, capitán, me dijo; desde el momento en que se trata de un duelo, sea á pistola, á sable, ó á navaja, me es indiferente el arma, soy vuestro hombre.

— Así, repliqué yo, ¿me dais vuestra palabra de honor de que no intentareis escaparos?

— Os la doy.

Hice una seña á Nunzio y á Pietro, y le dejaron marchar solo.

— Era igual, dijo Pietro mezclándose de nuevo en la conversacion, no le perdiamos de vista un instante.

— No importa. Es lo cierto, replicó el capitán, que á contar desde aquel momento nada hay que decir de él.

— Por eso no digo nada, dijo Pietro.

— Continuamos siguiendo el camino, y al cabo de diez minutos estábamos en casa del tío Mateo, un pobre abuelo siciliano completo, y que tiene una posada pequeña en el *Ancora de Oro*.

— Buenos días, tío Mateo, le dije. Hé aquí de lo que se trata: hemos tenido algunas palabras el señor y yo y quisiéramos regarlarnos mutuamente una puñalada. ¿Tendreis un cuarto que alquilarnos para esto, no es cierto?

— Dos, hijos míos, dos, dijo el tío Mateo.

— No, dos seria demasiado, campechano, uno solo bastará. Despues, si resultase algo (somos mortales, y una desgracia puede suceder con la mayor facilidad); en fin, si resultase alguna cosa, ya sabeis lo que hay que decir. Que estábamos comiendo el señor y yo, hemos armado una disputa, hemos tirado de las navajas, y nada mas: bien entendido que si uno queda muerto, este será el que tendrá toda la culpa.

— Ya, eso no hay necesidad de decirlo, respondió el tío Mateo.

— Si yo mato al señor, no tengo ninguna recomendacion que haceros, se le enterrará decentemente y como un vecino debe ser enterrado; pago yo. Si el señor me mata en el Speronare, hay con que hacer frente á los